Biblioteca Florentino Idoate
230003

Taller de Letras

BOLETIN DE LOS DOCENTES Y ESTUDIANTES DE LETRAS DE LA UCA
Nº 75 AÑO 3 13 abril 85

Hem.
PQ
7081
.A1
T147
SLV
v.3
Nº75

En este Taller presentamos:
Textos inéditos de narrativa:

a) De cómo la fortuna de don Lamberto vino a depender de un huevo de pata por Jorge Kattan Zablah

b) Historia de un rey, un duende una - rana, una anciana y una niña, Por - Ricardo Lindo.

c) La visita, por Luis Ernesto Martí-- nez Alas.

d) Así en la tierra como en el cielo, Fragmento 1° de una novela de Eduar do Valdés.

c) Comentario de cine: "Bajo Fuego : una aventura sobre el periodismo", Por O. Vásquez.

Hem.
PQ
7081
.A1
T147
SLV

K 10751C
Nº 75

DE COMO LA FORTUNA DE DON LAMBERTO VINO A DEPENDER DE UN HUEVO DE PATA

Por: Jorge Kattán Zablah.

Por inexplicables designios providenciales, aquella cálida tarde de julio don Lamberto Entralgo se encontraba consultando a la celebrada adivina Ña Tomasa Barillas. De no tratarse de quien se trataba, es decir, del hombre mezquino de Cojontepeque, tal visita habría sido indigna de consignarse en los excelsos anales del ilustre pueblo. Pues tan tacaño era el mencionado ciudadano, que, a fin de no soltar sus codiciados centavos, jamás había puesto pie en casa de adivina alguna, cosa insólita y verdadera herejía en cualquier comunidad que se precie de cristiana.

Ña Tomasa, que como todos los lugareños, odiaba ferozmente a don Lamberto, decidió aprovechar aquella asombrosa e inusitada oportunidad para hacerle una buena jugada a su cliente.

- ¡Don Lamberto! - exclamó, aparentando sorpresa, luego de haber escrutado su bola de cristal durante varios minutos.- Aquí le veyo viaje... Sí, le sale viaje...

- ¿Pa' dónde será? - estalló don Lamberto lleno de curiosidad.
- Nu estoy muy segura...Peru es largo... ¡Larguísimo!
- ¿Pa'dónde será pue? - prorrumpió de nuevo.
- ¡Por las Once Mil Vírgenes y San Belcebú! Le sale viaje, peru es de ida no más.. De ida no más - y diciendo esto, fingió que lloraba desconsoladamente.

En este punto, el visitante se levantó de súbito y, como si de pronto le hubieran brotado alas en las espaldas, abandonó la morada de Ña Tomada con la velocidad de un Pegaso desbocado. Tan rápido salió que la adivina no tuvo tiempo de cobrarle sus pitonísimos honorarios.

Ya en casa, don Lamberto se recostó en su poltrona y se puso a sopesar con detenimiento la mortal sentencia que habían pronunciado los labios de la sibila. "La merita verdá es que yo ni creyo ni dejo de crer. Después de darle mil vueltas al asunto, se fue maquinalmente derechito al corral, dispuesto a ensillar su mulo predilecto para dirigirse a la capital sin mayores dilaciones. "Los dotores desmentirán en un santiamén a esa vieja embustera" - se dijo repetidas veces.

Pero he ahí -¡coincidencia de coincidencias! - que los galenos, tras una serie de exámenes de esputo y de heces fecales y de infinitas auscultaciones y radiografías, vinieron a dictaminar, en resumidas cuentas, lo mismo que había vaticinado Ña Tomasa:

- Don Lamberto, tiene usted un tumor del porte un huevo de pata alojado en el recto - dijo el doctor que parecía de mayor edad.

Aunque el paciente no entendía a ciencia cierta lo que era "el recto", intuyó que su enfermedad era de suma gravedad.

-¿Qué me-me le ci na me-me ten go que-que to mar, pue? - tartamudeó, presa de pánico.

El mismo doctor que había hablado antes, intervino de nuevo con tono sentencioso:

- Mucho me temo, don Lamberto, que para el mal de que usted padece no haya ni medicina ni operación que valga.

Se produjo entonces un largo silencio que sólo vino a ser interrumpido por algunos gemidos lastimosos de don Lamberto.

-¿Cuánto me queda, pue? artículo esforzándose por recuperar la compostura.

-¡Tres meses, más o menos! - gritaron los galenos al unísono.

De vuelta en Cojontepeque, se dejó caer pesadamente sobre su poltrona y casi de inmediato empezó a hacer un minucioso recuento de su vida con el propósito de determinar si al final del camino le esperaba el cielo o el infierno. Pero aquel profundo buceo en el inventario de sus actos arrojaba con claridad un saldo desfavorable para él, pues su crónica tacañería surgía siempre en su mente como una especie de ancla que le impedía remontar el vuelo hacia el paraíso y que, por el contrario, lo tironeaba hacia abajo en dirección a los vastos dominios de Lucifer. Recordó, eso sí, que no hacía mucho tiempo él había donado dos mil pesos para que se erigiera una ermita en honor a San Caralampio, pero recordó también que tal donación había carecido de los elementos inherentes a todo acto de caridad y que sólo la había hecho impulsado por un morboso espíritu de jactancia, para que no quedara la más mínima duda de que en Cojontepeque no había nadie más pudiente que él. Estaba, pues, muy consciente de que con esas dádivas había logrado engañar al párroco don Agustín Garfio y a las Hijas de María, pero que con Dios no se jugaba, sobre todo ahora que su vida pendía de un hilo.

4

De pronto, y como aquél que se aferra a una tabla de salvación, pensó en el párroco y se dijo: "Con don Agustín Garfio mesmamente tengo qu'ir a hablar pa' ver qué mi aconseja". Y acto seguido se dirigió con paso redoblado hacia la vetusta iglesia.

- ¡Don Agustín, sólo tres meses mi han dado los dotores! -
exclamó quejumbroso don Lamberto, luego de haberle relatado de cabo a rabo su triste historia.

El párroco, que había escuchado muy atento todo aquello y que tenía más interés en el dinero de don Lamberto que en la salvación de su alma, engoló la voz y le dijo: "Dichoso usted que se va en luminoso viaje, dejando a sus deudos y amigos abandonados en las procelosas aguas de este valle de lágrimas. Una partida como la suya siempre es refulgente. El paraíso o el infierno: he ahí el perpetuo dilema. Después de todo, la eternidad no es otra cosa que un descomunal reloj, sin manecillas ni números. Ante tal dilema, el cielo resulta siempre apetecible para nosotros los cristianos... El caso suyo, don Lamberto, es de extrema gravedad pues su mezquindad ha rebasado ya los límites comarcales y empieza a tener resonancia a nivel nacional. Para ser rico de veras, don Lamberto, no es menester aumentar los bienes materiales, sino disminuir la desenfranada codicia... Recuerda usted, don Lamberto, que la muerte consiste en trasponer al espíritu; el cuerpo y los bienes materiales se quedan aquí, con nosotros... Todavía hay tiempo... Todavía puede salvarse haciendo obras de caridad. Piense en nuestra iglesia que se encuentra a tan mal ---traer; piense en los andrajos con que se visten las Hijas de María... Sí, don Lamberto, sólo a través de la caridad puede alcanzar la Gloria."

Don Lamberto, con aire patibulario, intuía con claridad la quinta esencia de aquellas extrañas palabras a pesar de su complejidad.

Y el párroco siguió desenredando la madeja de la caridad ad infinitum.

En honor a la verdad, conviene consignar aquí que en el momento en que tuvo lugar la intempestiva visita de don Lamberto, don Agustín acabada de tomarse medio garrafón de aguardiante y que cada vez que se alimentaba etílicamente se ponía más parlanchín que una guacamaya en celo. Con seguridad, a -- eso también se debía la falta de ilación en su laberíntica y maloliente perorata.

Tan pronto terminaron los consejos del párroco, don Lamberto regresó a su casa y, tal como solía hacerlo cada vez que se veía en aprietos, se dejó caer en su poltrona y se puso a meditar sobre el dilema que era objeto de sus preocupaciones. No tuvo que pasar mucho tiempo, pues en cuestión de minutos ya había tomado la firme decisión de irse al cielo. "Total, si el portón nu - es tan ancho pa'qu' entre yo con toda mi plata sólo mi espéretu puede pasar, habrá qui hacer números" -se dijo el cuitado. En seguida, empezó a hacer --- cálculo de los bienes que poseía y les fue asignando su valor en pesos; luego, y sin perder de vista que sólo le quedaban tres meses de vida, dividió - sus bienes en tres partes y resolvió donar un tercio de ellos al mes, hasta que, terminado los noventa días, exhalara el último suspiro.

Y dicho y hecho. Paulatinamente, don Lamberto se fue deshaciendo de sus bienes. Cabe mencionar que los que resultaron beneficiados con tales obras de caridad fueron tantos que apenas nos es lícito señalar aquí a unos cuantos. Desde luego, el párroco don Agustín Garfio recibió la mayor porción, con el - propósito de que renovara los carcomidos capiteles de la iglesia, de que construyera un cómodo inodoro público enfrente de la sacristía, de que comprara dos docenas de sótanas y media docena de casullas,y de que reemplazara todas las campanas, -con sus respectivos badajos- las cuales, a decir verdad, estaban demasiado neumónicas. La Congregación de las Hijas de María pudo así adquirir un vestuario más decoroso y se hizo de cuatro preciosos estandartes. El Coro de los Niños Monotesticulares logró comprar nuevos uniformes, diseñados con esmero por las hábiles manos del famoso modisto Carolino Cifuentes. El sacristán tuvo la suerte de poderse comprar un formidable látigo para desalojar a todos los borrachines que acostumbraban hacer del atrio de la iglesia su dormitorio, inodoro y vomitorio particular. Hasta yo mismo salí favorecido, pues, con el afán de irse al cielo, Don Lamberto me devolvió una finquita que no hacía mucho me había quitado al no poderle pagar un préstamo cuyos intereses eran groseramente usurarios.

Y las horas continuaban descolgándose del calendario para rodar juguetonamente por las calles empedradas de Cojontepeque y desvanecerse en los basureros municipales. Mas, a medida que transcurría el tiempo, las preocupaciones de don Lamberto Entralgo iban en franco aumento, por una parte, porque - el desenlace final dictaminado por los doctores capitalinos se acercaba en - forma abrumadora; por otra, porque en vez de irse sintiendo menoscabado de - salud, con la marcha de los días y posiblemente debido a la solicitud con -- que trataba a su persona, se veía dueño y señor de unas energías y de un apetito que antes jamás hubiera poseído.

Así se fue deslizando el tiempo hasta que llegó el nonagésimo día, fecha en que, de acuerdo a los secuaces de Esculapio, terminaría la existencia de don Lamberto y que por cierto coincidía con el momento en que éste se había - hecho acreedor al merecidísimo título de "Pobre de Solemnidad", pues por esa época ya se había desprendido de todas sus pertenencias,con excepción de la matusalénica poltrona. Vino a resultar que ese preciso día, mientras nuestro --

protagonista esperaba la muerte con una resignación y mansedumbre que - hasta Lucio Anneo Séneca habría envidiado, llegaron a entregarle una carta - certificada procedente de la capital, cuyo tenor literal eral el siguiente:

"Sr. Don Lamberto Entralgo,
Cojontepeque,

Distinguido paciente:

¿Se acuerda de aquel tumor del porte de un huevo de pata que usted tenía alojado en el recto? Pues le pedimos -- disculpas porque hemos descubierto que no había tales. Está usted más rebozante de salud que una potranca de - exhibición. Todo se ha debido a un desperfecto de nuestra cámara de Rayos X; se le había soltado un tornillo, pero gracias a Dios, ya arreglamos. Imagínese que con - esa máquina condenada a más de doscientas personas les salió que padecían de tumores gallináceos en el recto. ¡Qué risa! ¿Verdad, don Lamberto?

Aclarado este enredo, queremos comunicarle que a raíz de ese error y a modo de indemnización, usted tendrá - derecho a que se le saquen tres radiografías gratis en nuestra prestigiosa clínica.

Reciba nuestro cordial saludo."

La carta se cerraba con las firmas garrapateadas de los doctores y enfermeras que lo habían atendido en el hospital capitalino.

Luego de haber desplegado enormes sacrificios para descifrar aquella funambulesca misiva, la leía y releía recostado en su poltrona y no podía darles crédito a sus ojos. La cara le cambiaba de tonalidades, yendo alternativamente del rojo amoratado al pálido tuberculino sin pasar por el cobrizo oscuro, su color natural. Se sentía invadido por una confusa mezcla de rabia, de incredulidad y de desprecio hacia el género humano. Estaba desconcertado y tal estado de aturdimiento le duró interminables horas. Por fin, estimulado por lo que parecía una ráfaga de optimismo, se levantó de un solo salto acrobático; había resuelto apelar a la conciencia de todos los que se habían beneficiado con sus donaciones para que restituyeran su fortuna.

Como era lógico suponer, primero fue a ver al párroco, por ser éste el - donatario que había resultado más ganancioso con aquella estrambótica tragicomedia.

Don agustín Garfio, tan pronto se percató del motivo de la visita de don Lamberto, alzó las manos al cielo y empezó a agitarlas con incontenible iracundia, a la vez que exclamaba:

"Si pecuniae tuae vis reditum a Deo, grandissimus phariseus, recipere habeas excisionem conjonorum tuorum!" Y de la divina lengua de Nerón pasó a voseárlo irrevetentemente: "Viejo sátiro...! ¡Degenarado! Vos venís aquí a burlarte de Dios; a robarle lo que el creía haber recibido de buena fe de tu parte. ¡Maldito seas! ¡Que Lucifer se divierta con tus venenosas entrañas!" Y diciendo esto, le asestó un sonoro puntapié en las posaderas y lo sacó a empellones de la iglesia.

Confundido, aunque sin haber escarmentado del todo, de la iglesia se fue a la casa de la presidenta de las Hijas de María, pero ésta, que parecía ya -

estar sobreavisada, ni siquiera le dio tiempo a que abriera la boca y le disparó a quemarropa un latinajo que había aprendido en el camastrón del párroco: "Per stultitiam et avaritiam tuam superveniat in senectute perditionem aeternam". Y en seguida continúo con una cadena de irrespetuosos epítetos: "¡Viejo Pícaro! ¡Viejo del carajo! Vos has querido desnudar a Dios, pero vas a salir jodido. El demonio te espera, viejo hipócrita!" Y al llegar a este punto, el sacritán, que tenía relaciones pecaminosas con la presidenta y que había escuchado todo desde el dormitorio, apareció de repente y, abalanzándose sobre don Lamberto, le descargó, a falta de 'latinajos', media docena de 'latigazos' con su recién adquirido rebenque.

A mí, ni siquiera se atrevió a pedirme la restitución de mi propiedad,- y con gran provecho suyo, porque, de haberlo hecho, le habría rebanado las orejas de un par de machetazos.

Ante tan proverbial y pontífico embrollo, para rematar en forma magistral este cuento habría sido menester acabarlo con la muerte de su protagonista principal, pero como da la casualidad de que éste todavía se encuentra vivito y coleando, cortaremos el asunto aquí mismo y dejaremos a don Lamberto Entralgo despernancado en su poltrona, lamiéndose las ponzoñosas heridas espirituales causadas por la adversidad, maldiciendo a las ciencias adivinatorias a las artes medicinales y a los intrincados vericuetos de la religión, y meditando seria y profundamente sobre el verdadero valor de las obras de caridad cuando éstas no nacen del corazón, sino que se hacen con apresuramiento y -- obligadas por el pánico al infierno y por el interés en la salvación eterna.